



LA JOTA DEL OBRERO

Los obreros edulcorados por el sindicato vertical son como niños: llega esta fiesta y se disfrazan de gimnastas, arlequines o soldados de plomo y ofrecen una amable velada a los amos sentados y sonrientes en la tribuna y al público invitado, cazado a lazo por los pueblos de alrededor, que come bocadillos de tortilla paisana en las gradas. De este espectáculo lo único que me interesa es un dato socio-político que viene reflejado en la sonrisa de Solís. Cuando el obrero fiel da un salto mortal o el coro de nibelungos de secano pasa por un aro de fuego, la televisión enfoca después el friso complaciente de la presidencia y siempre

aparece don José Solís con el rostro iluminado por un gozo interior que aflora en sonrisa del régimen: es un padre que se alegra porque sus hijos son buenos y ágiles, es la clueca sindicalista satisfecha al ver sus polluelos disciplinados, reunidos en el prado del estadio, muy lejos de la glorieta de Atocha.

El uno de mayo los obreros malos no van a cantar el pío pío bajo los focos de Chamartín. Ellos prefieren la jota descoyuntada, a ritmo de porra guardiana, que se baila en Cuatro Caminos, en Atocha o en Getafe. Hay que ver, con lo bueno y pacífico que era san José

Artesano y la cantidad de vergajazos que se reparten, bajo su patrocinio, en el día de su onomástica laboral. Ya se sabe, cuando la primavera comienza a granar, los obreros renuevan la sangre, por el uno de Mayo. La derecha eclesial ha tratado durante años de convertir a San José en una especie de bromuro político para amansar la libido social y de conminar al obrero a realizar una tabla de gimnasia delante de los gerentes. Pero por lo visto el obreraje discolorado por estas fechas prefiere jugar a la comba o a las cuatro esquinas con los guardias. ■ VICENT.

No sé si este año, por el uno de Mayo, los obreros domesticados bailarían la jota en el estadio Chamartín en honor a San José Artesano. Estos hombres del trabajo son muy suyos y puede que hasta repitan.

LA RUPTURA

La palabra no gusta. No gusta la palabra. Dicen que no es afortunada. Que no es la palabra exacta. Puede que no sea la palabra exacta, pero no hay otra. Y cuando una palabra resulta insustituible, está muy cerca de ser la palabra exacta.

Por si les asustaba una ruptura, ahora tenemos dos. La «ruptura sindical», que ha nacido en el Congreso de

Semana Santa de la UGT, viene a sumarse a la ruptura de los carabancheleros. Y aún tenemos una tercera y definitiva ruptura: la ruptura femenina. «Triunfo» ha dado unas conversaciones con las mujeres democráticas del país, que van mucho más allá de lo meramente democrático y de lo meramente femenino. Así pues, los políticos, los obreros y las señoras prime-

ro. Esto ya no es una ruptura. Esto es un sensurround. Una explosión incontrolada, descontrolada. (Descontrolada del Poder, se entiende.) La palabra gustará o no (habría que preguntarle a mi amigo y maestro Dámaso Alonso si es acertada esta expresión de los hijos de la ira política), pero el hecho está ahí. «El que quiera la ruptura tendrá que enfrentarse conmigo», dicen



que dijo Fraga. Menos mal que yo no quiero la ruptura. Yo sólo quiero la democracia y a ser posible el socialismo. Pero desde abajo y desde ya. ■ UMBRAL.